

# *Las paradojas de Sao Paulo*

Marjorie Alessandrini

“¿**S**ao Paulo? Es la ciudad más fea del mundo. Y también la de la arquitectura, de toda la cultura, del dinero...” Como todos los paulistas, Rui Porto, el director de comunicación de la marca Havaianas, evoca su ciudad natal con una pasión mezcla de horror y fascinación. ¿Cómo no asustarse frente a la megalópolis tentacular de 18 millones de habitantes, la quinta concentración urbana del planeta? Caos, contaminación, violencia y miseria extremas, corrupción política y tráfico de todo tipo. El infierno. Sin embargo, esa capital, la más rica e influyente de América del Sur, se encuentra a la vanguardia de la investigación médica, tiene las más famosas universidades y hierve de creatividad en todos los campos: cultura, moda, arte de vivir; sus teatros florecen, su vida nocturna bulle, sus museos públicos y privados apasionan y su Bienal, para la cual Oscar Niemeyer construyó a la medida un edificio notable en el corazón del parque de Ibirapuera, es el punto de reunión inevitable para los amantes del arte. Sao Paulo es una pura paradoja que necesita un modo de empleo.

Todos los paulistas se lo dirán; es inútil intentar abrazar a la ciudad en su totalidad, se pierden horas en periféricos y circuitos interiores. La exploración pasa a fuerza por la Avenida Paulista, comparable a los Champs Elysées. Esa vía histórica, inaugurada en 1891, antaño flanqueada por lujosas residencias construidas por los barones del café, conserva apenas una que otra villa, como la Casa das Rosas, monumento histórico y lugar de exposiciones. Hoy sus cinco kilómetros alinean rascacielos, testigos de cincuenta años de pasión arquitectónica en Brasil.

Con todo y gigantismo, Sao Paulo ofrece oasis de encanto, calles propicias a la caminata sin prisa ni preocupación: son los “Jardines”, calles tropicalmente

arboladas que en marzo ven a las “tibuchinas” en su resplandor color violeta y a las orquídeas escalando las bardas. En el Jardim América como en el Jardim Europa, las calles que llevan nombres de países juntan casas concebidas por una inspiración ecléctica: de la casita de Normandía hasta la casona colonial tipo “Lo que el viento se llevó”. El Jardim Paulista es un cuadrilátero privilegiado que concentra restaurantes, bares a la moda, galerías de arte, *boutiques* y decoración. En la calle Oscar Freire, muchachas hermosas en sus *jeans* deshilachados, elegantes en tacones-agujas y otras “*fashion victims*” desenfrenadas toman un descanso en el café Cristal o desayunan detrás de los cristales del Tatú, un acuario muy “fresa”. El espectacular Figueira Rubaiyat ofrece su terraza debajo de un enorme y centenario laurel de la India; desde la sala uno puede ver tanto la cocina como el *buffet* de los postres, y la carne proviene directamente de la ganadería del restaurantero.

Entre lo mejor del Jardim Paulista se encuentra la galería abierta hace poco por Romero Britto. Nacido en una favela de Recife, ese joven pintor se ha hecho famoso por su estilo figurado, por su explosión de colores y de alegría, representación de enamorados, mariposas, flores, corazones. En los Estados Unidos hereda de Jeff Koons el papel del artista de moda cuyas obras adornan las paredes de Madonna o de Bill Clinton. En el lindo espacio de la calle Oscar Freire presenta sus cuadros, y también objetos de moda y ornamentos, zapatillas, bolsas de mano o bikinis producidos en serie limitada por la marca Rosa Cha.

Reciente también, el hotel Emiliano, posiblemente el más sofisticado de todo Brasil. El arquitecto Arturo de Matos Casas quiso integrar en él la naturaleza, con orquídeas sobre lambrises de palos exóticos, muebles extravagantes firmados por los hermanos Campana y un amplio patio organizado alrededor de un gran árbol. Este lugar refinado ofrece un centro de *fitness* con baños turcos y japoneses y una terraza para recibir helicópteros. Sin nada que ver con el crecimiento bronco de la ciudad, este edificio de un estilo nuevo, manifiesta que Sao Paulo busca una nueva manera de conciliar, a escala humana, el arte de vivir y la modernidad. 

© Le Nouvel Observateur